

Un recuerdo infantil de Sigmund Freud

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

Psicoanalista, introductor de la enseñanza de Jacques Lacan en México, profesor del posgrado de la Facultad de Psicología de la UNAM. Este artículo es una versión abreviada, corregida y privada de muchas referencias bibliográficas de un capítulo de una obra en marcha sobre el tema de la memoria.

En toda elaboración psicoanalítica de una biografía se consigue esclarecer la significatividad de los recuerdos de la primera infancia. Y aún, por regla general, resulta que justamente el recuerdo que el analizado antepone, el primero que él refiere, aquel con el cual introduce su biografía, demuestra ser el más importante, el que oculta dentro de sí la llave de los armarios secretos de su vida anímica

Sigmund Freud, "Un recuerdo de infancia" en *Poesía y verdad*¹

Estoy empeñado en estudiar el fenómeno de la memoria. Mi enfoque no es "interdisciplinario" pues considero que no se trata de juntar varias ignorancias para alcanzar un conocimiento completo de cierto "objeto" de estudio, en este caso la memoria. La idea de memoria es esencial en el pensamiento de Occidente y tiene una larga historia en la filosofía, en la ciencia de la historia, en la literatura y en la crítica literaria, en la psicología, en el psicoanálisis y en las neurociencias.

Vale para mí más como punto de partida que como punto de llegada la impresión de que una ilusión domina el campo. Observo que todas esas "disciplinas" usan la misma palabra (memoria) pero que, en todas ellas, la significación es distinta e incluso en cada una de ellas los autores están seguros de que el vocablo significa cosas diferentes. Lo ilusorio es creer que ese vocablo posee el mismo contenido conceptual en los diferentes discursos y en los diferentes autores. La homonimia no es la sinonimia y muchas veces el uso de una misma palabra encubre las diferencias apelando a la intuición de que, si la palabra no cambia, la diferencia semántica puede borrarse.

Mi investigación tuvo como punto de partida la frase de un escritor que me sacudió con un enunciado conciso capaz de movilizar todas las dudas y todas las certidumbres. Julio Cortázar, en un texto que no forma parte del corpus de su obra publicada,² dijo en alguna oportunidad: "La memoria empieza en el terror." La fórmula sorprendente aparece junto con el relato de su primer recuerdo que ya comenté en un artículo publicado hace cinco años.³ Ese primer recuerdo de Cortázar sorprende por la banalidad y por la desproporción entre su contenido y su repercusión emocional. El niño de tres años ha sido dejado solo en una habitación, oye el canto matinal de un gallo y se ve desbordado por el espanto que obliga a los mayores a correr en su auxilio y a esforzarse durante horas por tranquilizarlo. Nada más. Nada menos.

¿Es universalmente válida la fórmula cortazariana? ¿Qué otros testimonios podrían aducirse en su favor y cuántos en su contra puesto que son tantas las personas que no conservan un primer recuerdo que los agobie?

Nadie duda en atribuir a Freud descubrimientos esenciales sobre los procesos que gobiernan el funcionamiento del alma infantil. El tema de los comienzos del recuerdo es casi consustancial con el nacimiento del psicoanálisis. Las indagaciones de Freud fueron, dicho sea sin exageración, encarnizadas, tanto en sus pacientes y en él mismo como en los testimonios que podía conseguir de colegas o literatos que hubiesen escrito sobre los primeros recuerdos. En íntima relación con la exploración de los inicios de *la memoria* están sus investigaciones, igualmente tenaces, sobre las razones del fenómeno contrario, en apariencia negativo, *el olvido*, revés y otra cara de la misma "función". Para él era tan cierto que se olvida para no recordar como que se recuerda de

manera disfrazada, encubierta, para mantener a distancia otra reminiscencia que se prefiere alejar de la conciencia. Se recuerda para olvidar o desconocer mejor.

Freud sigue y seguirá siendo actual en el tema. La más detallada investigación de los mecanismos cerebrales de la memoria y el olvido –bienvenida como sin duda lo es– no acabará por dar otra cosa que aquello que promete: el saber de los mecanismos y los núcleos de células y los neurotransmisores participantes. No se podría entrar con avanzados recursos tecnológicos en la cuestión de por qué se recuerda algo en particular y se olvida otra cosa. El estudio de las razones personales, siempre distintas para cada sujeto, es inaccesible a las técnicas de resonancia magnética, de emisión de positrones y de medición de la actividad eléctrica y de los cambios de potencial vinculados con acontecimientos y pruebas que conservan el estilo de los aparatos para detectar mentiras. Ésta es, sobra decirlo, la opinión de los psicoanalistas, no por fuerza la de todos los neurocientíficos.

La tesis freudiana puede resumirse en pocas líneas: tanto el recuerdo como el olvido de episodios de la propia vida están motivados, responden a un principio de causalidad y de múltiple determinación. Uno y otro, recuerdo y olvido, no son registros o pérdidas mecánicas y tampoco podrían ser totales. El ser humano comienza su existencia en un estado de indefensión del que sólo puede salir por el auxilio ajeno y, particularmente por la intervención de instituciones culturales entre las cuales resultan esenciales el lenguaje y la familia. Dos que son una: es en el seno de la familia que el sujeto se impregna de su “lengua materna”. Recuerdo y olvido están ligados a la función del lenguaje en el campo de la palabra. Los mecanismos cerebrales no funcionan por su propia cuenta, ellos se ponen al servicio de la “persona” inmersa en el lenguaje que es el sujeto del inconsciente.

Freud no se interesa mayormente en eso que los cognitivistas modernos llaman una “memoria *semántica*” acerca de la significación de signos y palabras que implican un “conocimiento del mundo” en general, una memoria que comparten los animales y los humanos. A él le llama la atención la “memoria *episódica*”, la de los acontecimientos vitales, específicamente ligada a la entrada en acción del lenguaje, aparentemente ausente en los animales.

Es esta última la que Freud considerará como decisiva en la historia de un sujeto. Él no estaba preocupado por la autenticidad del acontecimiento recordado o por la manera en que se registra o se re-

cupera un recuerdo, sino por el modo en que es elaborado por el inconsciente y la influencia que ejerce sobre la vida ulterior de un sujeto humano. Algunos han hablado en este caso de “verdad narrativa” para distinguirla de la “verdad histórica”.

La distinción mencionada, presentada con aires de novedad, entre una *memoria semántica* y otra *episódica* es esencial y los neurofisiólogos se congratulan de ver que los centros cerebrales participantes son distintos para una y otra. En realidad, repiten sin saberlo (o sin reconocerlo) una distinción que debemos retrotraer a la exposición sistemática de su doctrina que hizo Hegel para el uso de sus estudiantes en Heidelberg y que siguió corrigiendo hasta el final de su vida, con la tercera edición definitiva publicada en 1830. Allí⁴ el filósofo dialéctico subraya la oposición entre “memoria” (*Gedächtnis*) y “recuerdo” (*Erinnerung*) que había sido ya señalada por Aristóteles.⁵ Hegel no oculta su valoración preferencial de la segunda modalidad. La memoria es torturada –dice– por los esfuerzos para amarrar los datos en el espíritu mediante nexos insulsos, idiotas y del todo accidentales. El alma sufre un tormento cuando debe ocuparse de asuntos insensatos y lo que se aprende en esas condiciones es prontamente olvidado. Otro es el destino de lo que procede desde el interior, desde el profundo foso del yo (“*out of the deep pit of the ego*”), animado por la fantasía y la imaginación. Es ésta la memoria significativa, no meramente mecánica y técnica. Lo que *se sabe de memoria* sólo da lugar a un recitado que carece de matices y acentos. El espíritu se pierde a sí mismo en la evocación *mecánica* de nombres y palabras cuando falta un principio que gobierne su sucesión.

Sólo cuando esa objetividad puede unirse a la subjetividad tiene sentido el recordar y encuentra sustancia el ingenio. La memoria que recibe los hechos ya confeccionados desde el exterior y se apropia de ellos toma la forma de lo ya dado; se hace extraña, parasitaria, carente de inteligencia y sólo puede justificarse por razones utilitarias.

En contraposición a esa memoria, la que se llama “semántica” y es la “inteligencia artificial” de nuestros días cibernéticos, Hegel destaca la importancia de la *Erinnerung*, el recuerdo, la interiorización (*inner*) que se manifiesta en la reminiscencia. Es esa *Erinnerung* la que interesa en la confección de autobiografías con todas las falsificaciones y mistificaciones que caracterizan a ese género tan artificial, variante de la novela, pero que devela, por la vía de la ficción, la verdad del ser.

De la mano de Hegel comprendemos que sería equívoco decir que nuestra investigación recae sobre los orígenes de la *memoria* (tema piagetiano, en todo caso) a catalogar en el campo de la psicología evolutiva o de la psicología general. Cortázar y Freud (y muchos autores incluidos en mi búsqueda) se ocupan del aspecto interior, íntimo, del *recuerdo* y de sus características de composición (*póiesis*). Se ocupan también –ya aludimos a ello– de lo que pasa por ser el antónimo, el *olvido*.

Insisto en distinguir y apartar la memoria (*Gedächtnis*) del recuerdo (*Erinnerung*). La memoria de la que quiero ocuparme es la *episódica*. No vale lo que digo para la memoria *semántica* que es común a los animales, a las personas y a las computadoras. El ejemplo de Julio Cortázar nos sirve como paradigma del funcionamiento de la memoria episódica. El escritor argentino narra en breves líneas su recuerdo y somos nosotros, receptores de esa narración, los que estamos llamados a darle forma y sentido. En palabras de Derrida, debemos *contrafirmar* tanto un recuerdo como una autobiografía entera. La *verdad del recuerdo es transferencial*, se cumple en el otro. Queremos subrayar esta estirpe dialéctica del recuerdo: está entre uno que lo narra y otro que lo escucha; como tal, no pertenece a quien cree ser su propietario. Nadie es dueño de un recuerdo.

Freud está convencido, según se lee en nuestro epígrafe, de la importancia capital del primer recuerdo. Si una remembranza se salva de la amnesia de los primeros años es porque hay en ella algo que, directa o indirectamente, ha ejercido y sigue ejerciendo a lo largo de la vida una función orientadora. Su contenido manifiesto o simbólico no puede ser indiferente al explorador del psiquismo. Freud conocía bien la bibliografía de su tiempo y menciona a dos autores de apellido Henri que, ya en 1897, parecerían apuntar a favor de la tesis que reseñamos de Julio Cortázar: “La memoria empieza en el terror”. Freud los cita: “El contenido más frecuente de los primeros recuerdos infantiles es, bien el de miedo, vergüenza o dolor físico, bien el de los acontecimientos importantes, enfermedades, muertes, incendios, *nacimiento de un hermano*, etc.” (las cursivas son mías).

Freud deja constancia de su extrañeza al encontrar que, en contradicción con esa hipótesis, los primeros recuerdos de algunos adultos cuentan impresiones cotidianas e indiferentes que no pudieron provocar efecto alguno en el niño y que, sin embargo, quedan impresas con todo detalle en su memoria mientras que otros acontecimientos importantes de la misma

época han pasado sin dejar huella.

Son los recuerdos de contenido emocional indiferente los que lanzan a Freud a preguntarse por las razones de su retención. Investigando con su recién inventado método psicoanalítico y tomándose a sí mismo como objeto y sujeto de una búsqueda, con fuertes tintes de proustismo *avant la lettre*, llega a la conclusión de que esos recuerdos son también de importancia capital aunque, por la acción de mecanismos inconscientes de disimulación, parecen inofensivos. La fórmula a la que arriba es que el contenido anodino, es decir, literalmente, indoloro, de tales memorias es el resultado de un complicado proceso de *conflicto* (para alejar el displacer), *represión* (de lo inconciliable con la organización del yo) y *sustitución transaccional* (de las representaciones portadoras de dolor y espanto por otras, en apariencia inocuas).

Por cierto, hay episodios importantes en los primeros años de la vida que no dejan huella, el destete, por ejemplo, o la primera experiencia de reconocimiento de sí en el espejo. Ninguna anamnesis logra reencontrar esos recuerdos. Hay otras experiencias que parecen olvidadas pero que se recuperan en ocasión de un encuentro que puede ser ocasional o accidental con un objeto o con una palabra que desencadena el recuerdo (*retrieval cues*, como la *magdalena* legendaria de Proust). Luego, al niño ya crecido, dueño de las funciones lógicas inherentes al lenguaje, le será posible poner en orden una secuencia cronológica de la memoria, de los caminos seguidos por el yo. Estos recuerdos más tardíos de lo que llamamos con pertinencia “edad escolar” pertenecen, tópicamente, al campo de lo preconscious: no son conscientes de momento, pero pueden llegar a serlo sin necesidad de levantar ninguna represión ni de vencer tercas resistencias. Están ahí, por así decir, a disposición de quien habla y cuenta. Es la *memoria autobiográfica*, variedad mnémica que cabalga en la juntura de lo semántico y lo episódico.

Los psicólogos han señalado desde siempre la variabilidad de la época en que se ha fijado el primer recuerdo. Hay personas que pretenden que los tienen desde su primer año de vida; otras lo fechan alrededor de los ocho o diez años y todos los momentos intermedios han sido invocados. Muchos, Freud entre ellos, se sorprenden del carácter aparentemente banal de estas primeras memorias. Si el recuerdo parece trivial es porque intervienen procesos de desplazamiento que llevan a ignorar (*reprimir*) su verdadera trascendencia. Hay, en tal caso, represiones que levantan

tar. El recuerdo es como el contenido manifiesto de un sueño: es un material que debe ser interpretado para acceder al saber inconsciente que se oculta tras la pantalla (*Deck, screen, écran*) de una superficie anodina. Son *encubridores*.

Freud no creía ingenuamente que los recuerdos aportaban el conocimiento de lo que verdaderamente sucedió en el pasado; por el contrario, pensaba que lo fundamental era justamente la *distorsión* (todo lo contrario de la *exactitud*) que el sujeto imponía al material recordado para lograr que el recuerdo sirviese a los fines del principio del placer y a sus conveniencias personales. El objetivo perseguido por el psicoanálisis está más bien relacionado con la belleza plástica y, en última instancia, con el olvido, que con una problemática recuperación de la historia usando algún vehículo para viajar por la dimensión temporal, como los que gusta imaginar la ciencia-ficción. Así, el recuerdo se convierte en instrumento para la investigación de las fantasías recónditas y para la exploración del inconsciente. “En rigor, decía, no es posible diferenciar estos recuerdos falseados de las fantasías.”

La verdad histórica yace en esos recuerdos pero deformada. Podemos arriesgar un aforismo: “*Si en algo interviene la memoria, el resultado, necesariamente, es falso.*” Nos colocamos así en la directa línea freudiana que termina su exploración de los recuerdos encubridores manifestando la sospecha de que *todos nuestros recuerdos infantiles conscientes* nos muestran nuestros comienzos en la existencia no como ellos fueron sino como ellos nos parecen al evocarlos en épocas posteriores. Los recuerdos no proceden de aquellos tiempos sino que fueron formados entonces por razones y motivos muy ajenos a las metas de la fidelidad histórica.

La memoria personal es constructora de mitos. Freud no vacilaba en comparar la historia que el sujeto se cuenta por medio de estos recuerdos con la historiografía de los pueblos que fabrican una historia artificiosa de lo olvidado, “una historia de la prehistoria”, que se acomoda exactamente a sus opiniones y deseos del presente. “Muchas cosas se eliminaron de la memoria del pueblo, otras se desfiguraron, numerosas huellas del pasado fueron objeto de un malentendido al interpretárselas en el sentido del presente, y además la historia no se escribía por los motivos de un objetivo apetito de saber, sino porque uno quería influir sobre sus contemporáneos, animarlos, edificarlos o ponerles delante un espejo.”⁶

Así, por medio de los recuerdos, la memoria consciente de un hombre es un vestido de arlequín que ha

sido confeccionado tardía y tendenciosamente. Sin embargo, la pesquisa en tales materiales de disfraz es fundamental para reconstruir la verdad histórica irrecuperable. Tras estas huellas mnémicas que el sujeto mismo mal comprende “se esconden inestimables testimonios de los rasgos más significativos de su desarrollo anímico”. Sobre esta base es que Freud conduce su investigación detectivesca para llenar las lagunas de la historia infantil de Leonardo da Vinci y también las de Goethe.

Pasaremos rápidamente, sin reparar en él, sobre el relato que hace Leonardo de su encuentro, cuando era pequeño, con el buitre que le metía la cola en la boca y que resultó ser un milano. Mucho se ha escrito al respecto y poco podríamos agregar. El comentario de Freud (1910), rozando la inverosimilitud, sigue siendo un yacimiento de placer estético e intelectual.

Freud se dedica, siete años después, en medio de la primera guerra mundial, a analizar el único episodio que puede situarse en la época más temprana de la niñez de su ídolo literario, Johann Wolfgang von Goethe. El artículo se intitula “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*” e incluye referencias a la vida del escritor, a ese primer recuerdo del niño poeta que destrozó la vajilla arrojándola por la ventana de su casa para divertir a unos chuscos que lo alentaban, a un paciente que el mismo Freud atendió y que también destrozaba y tiraba por la ventana objetos de su familia, a dos pacientes atendidos por una colega, precursora en el análisis de niños, etcétera.

En este momento no nos interesa reconstruir el recuerdo de Goethe sino interpretar las conclusiones del propio Freud. El breve texto de 1917 acaba con una interpretación de ese recuerdo escrita por Freud en primera persona, es decir, usurpando él el lugar del narrador, como si Freud fuese el mismo Goethe. De tal modo, por sustitución de la persona, hace caer sobre sí la interpretación que dirige al otro, al autor del *Fausto*: “He sido un afortunado (*Glückskind*); el destino me conservó con vida aunque me consideraban muerto al llegar al mundo. En cambio, eliminó a mi hermano, de suerte que no tuve que compartir el amor de mi madre con él.”

Nunca sabremos si esta interpretación es válida para Goethe, pero seguramente sí es válida para Sigmund, el hermano mayor de un niño prontamente olvidado, Julius Freud, que nació en 1858 y murió a los seis meses de edad, antes de que Sigmund cumpliera dos años. En la memoria consciente de Freud no quedó ningún recuerdo de ese hermano ni de su muerte y tampoco del nacimiento, poco

después, de una nueva hermana, Anna, a la que no quiso mayormente.

Nunca sabremos si Goethe verdaderamente odió y deseó la muerte de su pequeño hermano como lo interpreta Freud a partir de “lo que creemos haber colegido de la observación de otros niños” (él mismo). En cuanto a Goethe, quizá sí, quizá no. Lo cierto es que nada puede aseverarse al respecto, a menos que nos volvamos espiritistas y convoquemos al espíritu del muerto para que confirme o rectifique nuestras hipótesis. Pero sí podemos creerle a Freud cuando, entrado ya en la cuarentena, confesó: “Puedo decir... que acogí a mi hermano [Julius], con malévolos deseos y verdaderos celos infantiles y que su muerte sembró el germen de la culpa en mí” (de la carta 70 a Fliess, octubre 3 de 1897). Un efecto de esa culpa —es Freud quien interpreta— fue su caída poco después de la muerte de Julius desde un alto taburete, accidente que le provocó una intensa hemorragia y le dejó la cicatriz en la quijada que lo obligó, para ocultarla, a usar barba durante toda la vida. Freud no recuerda el incidente pero la piel de su rostro lleva la huella del suceso y eterniza la memoria del deseado fratricidio. La memoria es una cicatriz, como la de una circuncisión.

Al parecer sin darse cuenta Freud transcribe las notas que le preparó un amigo para su comunicación acerca del “descubrimiento” que hizo en *Poesía y verdad*: “*Tampoco Goethe, de pequeño, vio con malos ojos morir a un hermanito*” (las cursivas son de Freud). El resto del texto está escrito con tipografía normal. Ese *tampoco* subrayado dice el porqué del interés y de la interpretación que emite Freud. Ser como Goethe significa, para él, una absolución, es una anulación de cualquier imputación por el crimen.

El *Glückskind* (el niño dichoso) carga con el peso de un deseo culpable pues esa muerte le permitió seguir gozando casi en exclusiva del amor de su madre. Si no fuese por el nacimiento de Anna, una nueva perturbadora. Podemos decir que la adoración de su madre por su *goldene Sigi* (su Segis dorado) es la clave, según el propio Freud, de su vida entera. No es casualidad entonces que vuelva a cargar sobre los hombros de Goethe, su modelo, el artista maravilloso con el que se identifica, haciendo uso de la primera persona del singular —¡otra vez!— una interpretación que corresponde a él mismo. Releamos las palabras del descubridor del complejo de Edipo: “Cuando uno ha sido el predilecto indiscutido de la madre, conservará toda la vida ese sentimiento de conquistador, esa confianza en el éxito

que no pocas veces lo atrae de verdad. Goethe habría tenido derecho a iniciar su autobiografía con una observación como esta: ‘Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre.’”⁷

Véase la sutileza del *uno* en el comienzo de la cita. ¿Quién? Cuando Freud escribe: “Fui un afortunado porque no tuve que compartir el amor de mi madre con él”, la frase no es de Goethe sino de Freud que la pone en la boca del poeta alemán. Lo mismo sucede cuando dice que es él, Goethe, quien hubiera tenido derecho a iniciar su autobiografía con las palabras “*mi fuerza*”. Habla, creemos, de *su* autobiografía. Goethe escribió la *suya* sin detenerse a hablar del amor de su madre. No es extraño que los analistas hagan interpretaciones que tienen más de confesiones encubiertas que de proposiciones acertadas referidas a sus pacientes. Por eso mismo es menester la cautela en la cantidad y en el fraseo de las interpretaciones, el recurso a un sabio escepticismo en cuanto al destinatario de sus afirmaciones, recordando lo que aprendemos de muy niños cuando replicamos a quien nos ataca que: “El que lo dice lo es.” Y reconoceremos que Freud lo supo bien cuando inventó el término de “proyección” para referirse a este desconocimiento de uno mismo que aparece a la reflexión como supuesto conocimiento sobre otro. Sea como fuere, es muy cierto que Freud supo y siempre afirmó que —Goethe o no Goethe— el amor de y a su madre fue la fuente de todos sus logros.

Tras esta extensa referencia a lo que Freud sostuvo en torno a los recuerdos precoces de la infancia, podemos dirigirnos a lo que pocos recuerdan sobre el más remoto recuerdo del propio Sigmund Freud. Si les preguntamos a los psicoanalistas mismos, cada uno de los cuales ha leído no menos de media docena de biografías de Freud, empezando por la canónica y canonizadora de Ernest Jones, cuál es el primer recuerdo relatado por su héroe elevado al nivel del padre, es posible que duden y terminen por afirmar que es el recuerdo encubridor publicado en 1899 en el que destacan el color amarillo de las flores del diente de león y el maravilloso sabor del pan obsequiado por la campesina. Siendo así, el recuerdo es encubridor pero no del espanto cortazariano, aunque algunas de las asociaciones de Freud lleven a él. Freud dice conservar muchos recuerdos de Freiberg, el pueblo de Moravia en el que nació en 1856 y del que debió mudarse en 1859, recuerdos todos, pues, de los dos y tres años de su vida. El recuerdo que Freud analiza como base para sus ideas sobre los recuerdos “pantalla” es encubridor porque ocupa el lugar de un

recuerdo anterior del que, curiosamente, escasean las referencias entre las vastas huestes de freudólogos –entre los que no dejamos de incluirnos.

Al terminar el cuarto capítulo de la *Psicopatología de la vida cotidiana* Freud, sin ocultar su identidad, da a luz un recuerdo que confirma la tesis de Julio Cortázar. La precoz evocación, recuperada por él con claridad después de cumplir los 43 años, aunque ya había asomado antes en su conciencia, es fechada con precisión: “antes de cumplir yo el tercer año de vida”. No hay duda por el lugar y por los personajes que intervienen en él: Freiberg, su madre, su medio hermano Philipp que emigró a Inglaterra en esa época. Freud mismo se encarga de destacar que su hermana menor había nacido “por ese entonces”. El texto es breve pero necesita ser ubicado en su contexto, cosa que Freud hace sólo de manera parcial, muy parcial, en los dos sentidos de la palabra. “Me veía yo, rogando y llorando, ante un cajón cuya tapa mantenía abierta mi hermanastro, que era unos veinte años mayor que yo. Hallándonos así, entraba en el cuarto, aparentemente de regreso de la calle, mi madre, a la que yo hallaba bella y extraordinariamente esbelta” (*schlank*).

Debemos ubicarnos en el contexto: Amalia, la madre de Sigismund, era la tercera esposa de su padre, Jakob Freud. Éste era ya un hombre mayor cuando se casó con la joven y tenía hijos de la misma edad que su flamante esposa. Uno de ellos era el Philipp de este recuerdo. La situación familiar era confusa para el niño. Él suponía que el viejo Jakob era la pareja de Resi Wittek, la niñera, que era también una persona mayor; ellos serían sus abuelos, confusión apoyada por cuanto sus primos, que vivían en la vecindad, hijos del otro medio hermano, de su misma edad, eran nietos de Jakob y, lógicamente, lo llamaban “abuelo”. Suponía también que Philipp y su madre, veinteañeros los dos, estaban casados y, por consiguiente, eran sus padres. De todos modos, estaba perplejo pues era el añoso Jakob quien compartía el lecho con Amalia.

Sólo si contamos con estos elementos podemos seguir el hilo de las asociaciones que llevan a la interpretación de Freud, su “inesperada solución” del enigma del recuerdo de sus llantos ante el cajón abierto. “Había notado la ausencia de mi madre y di en sospechar que estaba encerrada en aquel cajón o armario (*Schrank oder Kasten*). Por ello, exigí a mi medio hermano que lo abriese, y cuando me complació, convencíndome de que mamá no se hallaba adentro, comencé a gritar y a llorar. Éste es el instante retenido por el re-

Acercamiento al mercado hispano de Estados Unidos y Canadá, 2006

9^o FORO DE NEGOCIOS
 “Nuestras raíces... nuestro futuro”



Ciudad de México
 15 y 16 de junio de 2006
 Secretaría de Relaciones Exteriores

• • •

Foro que explora el potencial de un mercado de 41 millones de personas con capacidad de consumo equivalente al tamaño de la economía mexicana

- Conferencias
- Asesorías y Talleres
- Encuentros empresariales
- Oportunidades de vinculación comercial y de inversión



informes:
 Fundación Solidaridad Mexicana Americana A.C.
 Salvador Novo 31, Sta. Catarina, Coyoacán, México, D.F. 04010
 Tels. (55) 5658•4333 y 5659•4631
 fsma@fsma.org.mx www.fsma.org.mx

cuerdo, instante al que siguió, calmando mi inquietud o mi angustia, la aparición de mi madre.”

¿Por qué esta idea tan extraña de que Amalia Freud pudiera estar encerrada en el cajón y por qué buscarla en su interior? ¿Por qué pensar que Philipp podía responder a su angustia? Freud, curioso insaciable, interroga a su madre, ya próxima a los setenta años (1899) y averigua lo que hasta entonces ignoraba, que la niñera Resi, en tiempos del parto de su odiado hermano Julius, había cometido ciertos robos en la casa y por eso Philipp la hizo poner en prisión. Al enterarse de la historia, siendo ya un hombre maduro, Freud “comprende como por una suerte de iluminación” la sucesión de los acontecimientos: cuando –antes del episodio de la canasta– se percató de la ausencia de la niñera, el niño Sigmund (tal era su nombre en aquel entonces) le preguntó a Philipp dónde estaba, intuyendo que él había participado en su repentina desaparición. El joven Philipp, “indirectamente y entre burlas como era su costumbre, me contestó que *estaba encajonada*”. (*Sie ist eingekastelt*), expresión vulgar en alemán equivalente al “estar en cana” (¿en canasta?) de la Argentina, “estar en el bote” de México, “estar en jaula” o “en chirona” de España.

Sigmund absorbió la respuesta de modo literal y dejó de preguntar, pero cuando, tiempo después, notó la ausencia de su madre, pensó que el maléfico (*schlimme*) hermano hizo lo mismo que con Resi y también a ella la había “encajonado”. Llevado por esa fantasía que está apuntalada por un equívoco verbal, por un significante polisémico (*eingekastelt*), se puso a chillar con desesperación y obligó a Philipp a que abriera el cajón, armario o baúl que había en el cuarto. Es el cajón de su primer recuerdo. La angustia cedió cuando reapareció la madre por la puerta de entrada, bella, espigada,⁸ libre, resucitada. Son obvias las connotaciones sexuales y tanáticas del recuerdo. Philipp parece disponer de la madre y poder encerrarla o liberarla a voluntad. Los cajones, tras la muerte de Julius, hablan de ceremonias fúnebres. La madre, secuestrada o difunta se le presenta como perdida para siempre.

En cuanto a las connotaciones sexuales son explícitamente esclarecidas por Freud. En su fantasía es el medio hermano el que embarazó a la madre, siendo el cajón o armario un equivalente del vientre materno y parece sospechar que hay más niños encerrados allí. Philipp es el rival del pequeño en remplazo del padre y es él quien metió (*hineinpraktiziert*) a la niña recién nacida en el vientre de la madre.

La memoria nace del espanto. Sólo que está desplazada. Freud ha olvidado todo lo relacionado con el nacimiento de su hermanita, pero ese acontecimiento traumático es recordado y al mismo tiempo encubierto por un recuerdo (*Deckerinnerung*), que permite revivir la angustia y darle un *happy end* con la reaparición de la madre en su delgadez que tranquiliza al niño: ella no tiene más criaturas en el vientre. Puede también poner en escena la rabia y la desazón ante el malévolo (*schlimme*) hermano que goza del cuerpo de su madre y la encierra en un canasto. Él insiste en saber qué se encierra en ese mueble lleno de secretos. Recordemos nuestro epígrafe y la referencia a que el primer recuerdo esconde la llave de los armarios secretos de la vida anímica: “*welche die Schlüssel zu den Geheimfächern seines Seelenlebens in sich birgt*”. ¿Es ése, el de la memoria de Freud, el armario donde se esconden la madre y el hermano rival que está en el lugar del padre? ¿Es nuestra memoria, la de todos, un canasto rebosante de fantasmas?

El final del recuerdo, como para Julio Cortázar, es un final feliz; ni el gallo ni el cajón son temibles. Pero la angustia ha dejado ya su impronta en el hombre terriblemente celoso que llegó a ser el chiquillo de dos años y medio, ese que berreaba por la interrupción de la presencia de la madre. Hacía falta que ella regresase y personificase al otro tranquilizador, el que puede decirle que sus temores eran infundados, que el cajón puede abrirse y cerrarse porque no encierra a ningún otro, muerto o vivo. Abrir y cerrar, uno, dos, aquí y allí, *fort* y *da*, uno, dos, la tapa de un cajón o la puerta de un armario, uno, dos, es... es un juego de niños.

1 En alemán: *Gesammelte Werke*, tomo XII, p. 17

2 J. Cortázar, *El perseguidor y otros textos. Antología II*, Colihue, Buenos Aires, 1996, p. 14.

3 N. A. Braunstein: “Un recuerdo infantil de Julio Cortázar”, en *Ficcionario de psicoanálisis*, Siglo XXI Editores, México, 2001, pp. 3-9.

4 G. W. F. Hegel, *Encyclopaedia of Philosophical Sciences*, Oxford, 1971, pp. 220-222. En español: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Porrúa, México, 2004, § 457-464, pp. 304-313.

5 Aristóteles, *De la memoria y el recuerdo*, Aguilar, Madrid, 449b-453b.

6 S. Freud, cit., t. XI, p. 78.

7 S. Freud, cit., t. XVII, p. 150.

8 “La delgadez” ... *die Schlankheit der rückkehrenden Mutter* (G. W., vol. 4, p. 60, nota agregada en 1924).